

## In Memoriam.

# Miguel Ángel Prado Bocanegra

Carlos Alberto Bustamante Penilla

Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”.  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Morelia, Mich. México  
Contacto: carlos.bustamante@umich.mx

El 8 de enero de este 2021 abandonó el mundo del devenir nuestro querido profesor Miguel Ángel Prado Bocanegra. Seguramente se fue a recorrer estrellas para salir de la duda que él nunca tuvo. “No vaya siendo que Dios exista”, nos decía a sus estudiantes de la Facultad de Filosofía, adolescentes tardíos que sentíamos todo el precario poder de la autoafirmación leyendo a Nietzsche y cosas así.

Miguel Ángel, lo sabemos, formó a generaciones y generaciones de jóvenes, mujeres y hombres, tanto ahí en Filosofía como en la entonces Escuela de Enfermería y Salud Pública (ahora Facultad). También sabemos de su trayectoria académica, amplia de décadas. Y de su amor por la música, la de mandolina y la de la amistad. No soy la persona más indicada para intentar una semblanza mínima que le haga justicia. Pero acaso pueda recordar algo acerca del profesor de Filosofía Patristica y de Ontología, el Miguel Ángel que tuve más cerca, toda vez que la vida me llevó a los mismos pasillos que él recorría.

Alto como era, aún sentado, se doblaba sobre la mesa que presidía nuestra no muy impresionante aula en el edificio de Madero Oriente (ahora sede de la Facultad de Letras). Nos miraba por encima de los anteojos, posando la vista sucesivamente en cada una y cada uno de los circunstantes. Alzaba un dedo para apuntar a lo alto y reventaba el aire con un rotundo “¡Platón...!”, así, con pausa integrada. Y luego, casi en un susurro, soltaba algún comentario

mordaz acerca del carácter de los amores platónicos -recordando con risitas a *Banquete* y sus parejas de varones que coqueteaban con otros varones. No había manera de perder la atención entre las vigas del techo: Miguel Ángel, “Bocanegra” le decíamos en esos difusos años noventa, la halaba de las patas y la regresaba a su lugar.

Las y los docentes de Filosofía tendemos a una extraña variedad de la soberbia: tal vez no sepamos todo lo que debiéramos, pero sabemos decir con cierto efecto impactante lo poco que dominamos y la inmensidad de lo que desconocemos (somos, a querer o no, nietos espirituales de un tipo que alardeaba de no saber nada). Pero puedo decir con la mano en el corazón que Miguel Ángel no estaba aquejado de ese mal. Sencillo. Era un hombre sencillo, feliz de compartir historias y argumentos de los Padres de la Iglesia (personajes poco estimados en aquel refugio de presuntos ateos incomprensidos), y también de navegar por las nubes del ser en las clases de Ontología. La sencillez brillaba en su sonrisa. Esa fue su mejor lección.

Los años se marcharon. La amarillenta libreta de los apuntes inmortales tal vez nunca se fue de sus manos o de su mochila, pero poco a poco aparecieron junto a ella el proyector de cañón y otros dispositivos posmodernos. Los densos volúmenes de fotocopias con textos de Clemente Alejandrino o de Jean-Paul Sartre (o de todo lo que hay entre Clemente y Jean-Paul, y un poco más allá), se fueron

convirtiendo en casi etéreos archivos PDF. Y Miguel Ángel, generoso como era, no dudó en aprovechar las bondades de la informática y despachar en memorias USB toneladas de información más que valiosa, libros y más libros de otro modo inaccesibles, sin costo alguno para sus estudiantes ya de los dosmiles y los dosmiles diez. Los cambios se le daban bien a Miguel Ángel, el profesor de filosofías inamovibles. Yo, para tener un punto de comparación, seguía buscando el botón de encendido del celular analógico.

Las y los muchachos del siglo XXI lo llamaban “el profe Prado”. Y abrían los ojos -y los oídos- cuando comentaba yo, incidentalmente, que “Prado” me había dado clases a mí también. Es posible que imaginaran, aunque no se atrevieran a confesarlo, que durante la licenciatura yo me sentaba junto a Guillermo de Ockham -tan viejo les debo parecer. Miguel Ángel, con seguridad, se les figuraba poco menos que eterno.

Pero no lo era. No en todos los sentidos, aunque seguramente sí en algunos. Un día resultó que el director era yo. Y Miguel Ángel me buscó en la oficina. Como veinte años antes, inclinó el cuerpo sobre el escritorio y, travesía la mirada por encima de los anteojos, dijo en un susurro: “Bustamante Penilla... me voy a jubilar”. Sólo atiné a emitir un desinflado “¿En serio?” Comprendámoslo: ese tipo de asertos no se pueden creer, no así sin más. Menos pensaría yo que el adiós más largo vendría algo después.

Ahora anda donde anda, buscando al *Deus Absconditus* de la fe de sus padres, la fe invencible que ningún Nietzsche, Marx o Freud le arrancó jamás. A final de cuentas, así me gusta creerlo, en el fondo la suya era la fe que Dios le tendrá a los seres humanos. A pesar de todo y de tanto. Creía en nosotras y nosotros. Y fue un hombre feliz y sencillo. Allá te veo, Miguel Ángel.

Muchas gracias a *Milenaria*, espacio y tiempo que fue también suyo, por invitarme a proponer unas líneas para él.





*In Memoriam.*

## Miguel Ángel Prado Bocanegra

**E**l 8 de enero de este 2021 abandonó el mundo del devenir nuestro querido profesor Miguel Ángel Prado Bocanegra. Seguramente se fue a recorrer estrellas para salir de la duda que él nunca tuvo. “No vaya siendo que Dios exista”, nos decía a sus estudiantes de la Facultad de Filosofía, adolescentes tardíos que sentíamos todo el precario poder de la autoafirmación leyendo a Nietzsche y cosas así.

